

Galeria del Mosaico.



Salvador Sanfuentes



# EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Agosto 25 de 1860.

Núm. 6.

## EL MOSAICO.

SANTIAGO, AGOSTO 25 DE 1860.

### Destino de nuestra poesía.

V.

Si un cielo alternativamente iluminado por los matices del arco iris i los sombríos resplandores del relámpago, si una tierra rica i pródiga de las mas deliciosas producciones, si una naturaleza, en fin, copiosamente favorecida por la providencia pueden creerse propias para producir hombres dotados de injenio i fantasía, aun cuando no conociésemos la historia de las letras Españolas, bien podríamos decir que la España ha debido ser la nacion de la poesía.

Efectivamente ¿quién no creería a esa tierra, tan dichosamente dotada, como un pueblo en que la fantasía debe correr sin márgenes ni vallas, i en que el sentimiento, hijo de las profundas ideas de un cerebro enardecido por un sol abrasador, deba apropiarse todos los tonos de la armonía, ora para pintar la plácida ventura del corazón, ora para diseñar el huracán de las pasiones que lo envuelven i sacuden?

«La naturaleza, dice Cabanillas, ha dotado a la España de todo aquello que se necesita para que sus hijos sean poetas;» i en verdad nada hai mas cierto que este dicho, al parecer jactancioso, de un Español que, si no podia probar con su ejemplo la verdad de este aserto, era, por otra parte, bien capaz de revindicar para su persona alguna parte de la gloria adquirida por la literatura de su patria.

Sin pensar que el lugar que el hombre ocupa en el globo, sin asignar a la poesía esas líneas de demarcacion que señalan la diversidad de climas en nuestro planeta : sin creer por ello que el jenio es i pueda ser solo peculiar de aquellas tierras en que la naturaleza ha querido hacer ostentacion de su riqueza; juzgamos, i no sin fundamento, que la organizacion del individuo, modificada por la calidad de la zona en que ha nacido i por las mil otras causas que tienen una influencia poderosa e innegable en su modo de ser, es ya un

antecedente que puede anotarse como una predisposicion o favorable o adversa para los trabajos de la fantasía.

Cierto i mui cierto es, que el jenio no tiene patria, que el númen, como una chispa desprendida de la mano luminosa de Dios, ora incendia el corazón del habitante de la frígida Dinamarca, ora aviva el cerebro fosfórico del que ha visto la luz bajo el cielo de Nápoles : los vates de la montuosa i helada Caledonia inspiraron a Ossian : los alegres campos de la Grecia al cantor de la Iliada, i la pobre aldea de Mántua con su cielo trasparente i benigno bien pudo llenar el corazón de Virjilio de aquel arrobó sublime, que no ha conseguido adormecer todavía el trascurso de veinte siglos.

Sin embargo ¿quién no se inclinaria a juzgar poeta al que ha nacido bajo el sol de Sevilla o de Granada, al que ha sido criado respirando el ambiente del azahar i de los jazmines, que ha podido echarse sobre la espalda del Guadalquivir en las tardes del estío, que ha escuchado, en fin, desde niño los acentos amorosos de la voluptuosa Gaditana? ¿No hai motivo para creer, preguntamos, mas entusiasta, mas apasionado, mas sensible al que contempla la primavera desparramando pródiga todo jénero de frutos que al que vive mirando un cielo constantemente enlutado por la neblina i una tierra desheredada o mendiga de los favores de la providencia?

Si la naturaleza de un pais puede, pues, asentarse como un motivo poderoso para suponer dotados del estro poético a los seres que este ha producido, la España, lo repetimos, está casi en la obligacion de ostentar en su historia literaria una constelacion de injenios, cuya luz pueda mostrarse como la estrella polar de los pueblos que quieran encaminarse hácia la tierra de la poesía.

Echemos una ojeada a su historia.

Si aplicamos los principios que hasta aqui hemos seguido al trazar el cuadro de la poesía Francesa, vémonos en el caso de dividir la historia de ésta en tres períodos, que, a nuestro juicio, marcan perfectamente las diversas situaciones porque aquella ha pasado e indican por consecuencia el influjo que ha sufrido por el empuje de los acontecimientos promovidos por la política.

Estos tres períodos son : a saber, desde su origen hasta el reinado de los reyes católicos, desde éste hasta la muerte de Carlos II, el hechizado, último rei de la raza Austriaca en España, i desde el de Carlos III hasta nuestros dias. Esta misma division fué adoptada por don José Joaquin de Mora en un estudio sobre la poesía Castellana que publicó en el *Mensajero* de Lóndres, i a la verdad creémosla mui conforme con la razon, apesar de que Quintana, Galiano, Gil de Zárate, etc., han dividido las épocas de la poesía de una manera que, en nuestro sentir, no sigue los períodos que la política Española ha tenido como mas culminantes. Al hacer esta division de épocas no hemos atendido a la manera ni al valor que tienen en la literatura en jeneral los poetas que han florecido en los diversos tiempos que hemos indicado, ni a las variaciones que han debido experimentar el estilo i lenguaje poético, sino solamente al jenio de cada época, al espíritu que la ha dominado, al carácter, en una palabra, que ha asumido en consecuencia de los sucesos porque ha pasado.

En el primer período, como era natural, no hallándose la lengua castellana todavía en el caso de considerarse como acendrada i, sobre todo, no pudiendo la mente del hombre desligarse de las ataduras con que aherrojaban el espíritu las preocupaciones de la edad media, la poesía no pudo ménos que ser irregular i grosera no obstante la encantadora sencillez i admirable naturalidad que notamos en algunos pasajes de los primeros ensayos de la musa Castellana. El poeta de entónces cantaba lo que sentia, lo que creía, lo que esperaba, lo que envidiaba i sin mas sujecion que la que podia ofrecerle el cansancio de su misma fantasía. Las flores del prado, los frutos de la primavera, las dulces emociones del amor, sus fuegos, sus transportes, el espectáculo de las maravillas de la naturaleza, todo aquello, en fin, que no tenia relacion con el profundo pensar del alma, con las dudas e inquietudes que la torturan, estaba sujeto a su dominio; dominio que no podia estenderse, por cierto, a la pretension de avasallar la rebelion de las facultades intelectuales escitadas por la filosofía de las escuelas.

Ademas ¿cómo hacer para que un instrumento mal encordado todavía produjera los sonidos que solo puede arrancar una mano diestramente ejercitada i solo cuando el arte ha asignado para cada tono una cuerda precisa i sonora? Asi, pues, en vano fuera pretender una armonía completa, un torrente de melodía en aquellos primeros ensayos, vivo retrato del hombre de entónces, a quien ni las leyes ni las costumbres habian suavizado sus gustos, pulido sus maneras i morigerado o sistemado artísticamente su inspiracion.

Pero al paso de la tosquedad i grosería que

notamos, de la falta de elevacion filosófica que desearamos ver en el que pulsaba la lira en medio de aquellos tiempos que tanto se prestan a la meditacion i al estudio, encontramos tambien un donaire i diafanidad de expresion que pueden aun en nuestros dias tomarse por modelos.

El hombre que vivia oprimido por el bárbaro señor feudal, el que no conocia que tenia derecho ninguno que oponer a la fuerza de la tiranía, el que estaba acostumbrado a mirar como cosa i no como persona a su mismo semejante, el que no podia utilizar su trabajo para su individuo sino servir con él, a manera del resorte de una máquina, para asegurar el bienestar de su opresor ¿cómo, pues, podia pedir a las musas aliento, fuego al espíritu para escarnecer la mano de hierro que lo vejaba, para soltar al aire sus quejas i dar lengua de fuego a los dolores que le ocasionaba la corrupcion i la barbarie de que era víctima.

El feudalismo en España, por el mismo carácter de sus habitantes, debió tomar mas decididas i marcadas formas que en el resto de Europa; i asi fué, pues el orgullo de los barones de los siglos décimo tercio, cuarto i quinto, fué causa de esa multitud de revueltas, en que el siervo, lejos de cambiar ventajosamente de destino, solo logró remachar mas fuertemente sus cadenas. En esta degradacion, en esta noche sombría i desesperante como el infierno de la *Divina Comedia* ¿qué sentimiento podia quedar al individuo, qué luz iluminarlo, qué consuelo mitigar la tenacidad de sus rigores? Solo el amor : sí, solo el amor : el sentimiento que torna jenerosa i altiva al alma mas encorvada i rastrera : el que rompe violentamente las barreras que separan al señor i al esclavo : el que llena de dicha i esperanza hasta al que vejeta en un eterno calabozo : el que eleva al alma a las concepciones mas jenerosas, que la suaviza, la purifica de los vicios que la afean i hace que se identifiquen en uno los dolores i las amarguras: este, decimos, fué el único respiro que pudo tener el hombre en aquellas tinieblas para que su existencia no pudiera compararse exactamente a la de las fieras que talaran los campos.

El Señor feudal una vez enamorado de la castellana, una vez embriagado por sus hechizos ¿cómo no debia despojarse de su armadura i de su guantelete i arrodillarse en los momentos de suprema felicidad ante la misma a quien quizas el dia antes habia amenazado con el tormento?

El amor, sí, fué la única estrella que iluminó este caos; i solo él i solo a su influjo pudo revestirse la fuerza de ese manto que hacen hasta disculpables sus demasías.

La Caballería ridiculizada de muerte por Cervantes, la caballería que no podemos ménos que mirar hoy en medio del positivismo

de nuestras costumbres, de la prosa que achica i materializa las mui pocas emociones puras que puede gozar nuestra alma en el metálico siglo en que vivimos; era, sin embargo, para la poesía una fuente abundosa de inspiracion i de triunfos.

La proteccion a la viudez i la horfandad, el brioso denuedo del caballero que arrojaba el guante al opresor de la inocencia, la dulzura del amator que acababa de *rebanar jayanes* con su tizona i romper lanzas en el palenque por solo probar a su dama su bárbara fortaleza, sobrados motivos de inspiracion eran seguramente para el que se gozaba en preludiar al pié de la reja de su amada las hazañas del valor, obstenidas a fuerza de constancia i ternura.

¿Quién que ha leído los versos de Juan Ruiz no admira la naturalidad encantadora con que cuenta su amor i sus transportes? ¿Quién no lee con embeleso, apesar de los defectos del ritmo poético, esas endechas cuya embarazada espresion da indicios claros i patentes de la virjinidad de los sentimientos no vestida o disfrazada aun por los atavíos del arte? Pero no solo en la donosa pintura de los afectos suaves del alma es en donde luce la vena de éste i de los otros poetas anteriores a él, no; pues la descripcion de los objetos admirables de la naturaleza tambien hallan en ellos graciosos intérpretes. La vejetacion del suelo de España, la diafana transparencia de su cielo en las noches del estío: lo proceloso de sus mares, lo dilatado de sus anchas costas, la rica savia del suelo en que habian nacido, eran un perenne manantial de pensamientos que, semejantes a esas flores que nacen sin cultivo en medio de los campos, tienen ese perfume que embriaga i ofusca al de las que brotan en nuestros jardines a favor del cultivo i del arte. Si, el amor con todos sus pasmos i esperanzas i quimeras se vé allí palpitante en cada uno de esos *alejandrinos*, cuyo sonsonete choca hoi a nuestros oídos quisquillosos a fuerza de estudio i trabajo; si, allí se ve que el espíritu que da vida a la creacion encuentra siempre imágenes atrevidas a un tiempo que sencillas; que los afectos, libres de la opresion con que los encadena la misma cultura social, lucen en todo su vigor i lozanía.

¿No hai poesía, preguntamos, en esas coplas de Jorge Manrique en que pregunta con tristeza por los galanes i las damas i los amores que han desaparecido con los resplandores de su juventud? ¿Quién no ha suspirado siquiera al leer esas estrofas inspiradas por la muerte de su padre, quebradas como el dolor mismo que las dictaba, i sencillas i patéticas como el sentimiento que aun no se ha abastardeado a fuerza de prodigarse?

Al repasar los mutilados fragmentos que se

conservan de las obras de los poetas de este primer período, ademas de poder el filólogo seguir el hilo de la formacion de la lengua, el filósofo tiene la felicidad de hallarse con un venero inagotable de antecedentes que deben llevarlo a apreciar con fijeza los elementos de que se compone la civilizacion de un pueblo.

Los versos de Gonzalo Berceo, de don Juan Lorenzo de Astorga, los del Arcipreste de Hita, de Santos, de Ayala i mas tarde las mui preciosas cántigas de Alonso X, a quien la posteridad ha apellidado con justicia *el sabio*, son monumentos preciosos, lo repetimos, no solo de filología sino de historia, de filosofía, monumentos que debemos estudiar, aun cuando mas no sea que por tener el placer de ver como nuestro idioma, rompiendo como Alcides los ñudos que aprisionaron su cuna, ha podido llegar a ser una de las lenguas mas hermosas que existen. Desde el poema del Cid hasta *las querellas* del hijo de San Fernando, i las apasionadas trovas de Macias, hai ya una inmensa distancia no solo en el modo de sentir, en el modo de apreciar las emociones del espíritu sino en la manera de espresar los afectos i las diversas modificaciones que se suceden en el alma. Al leer uno los pocos versos que quedan del libro del *tesoro* de aquel gran rei, no puede ménos que sentirse conmovido, pensando en lo que es el jenio, en lo que es el destino de las grandes almas i, sobre todo, en lo que son las grandezas con que suele convidarnos la fortuna. Desposeido por la negra ingratitude de un hijo infame, arrastrando aquel, para siempre memorable varon, una existencia disputada por el dolor i la amargura, buscó en la poesía el modo como legar a la posteridad sus sufrimientos, i hallóla en verdad tan dócil a su mano que lloró bajo sus dedos lágrimas que no ha podido secar aun el soplo calcinante de seis siglos.

Subidos al trono de Castilla i de Aragon los Reyes Católicos, cuya memoria recuerdan i saludan los Españoles como la aurora de su grandeza, la sociedad empezó poco a poco a organizarse. Insensiblemente el trono cuyos fueros habian sido tantas veces hollados por la audacia de los magnates, principió a cobrar esa energía, esa entereza sin las cuales los elementos del orden social no pueden amalgamarse. Asi, aunque no podamos ménos que mirar con enfado las arterias de Fernando, que sentir una repugnancia invencible por el carácter de este rei, irreligioso adalid de la fé católica; que sentirnos hasta desabridos con el recuerdo de una reina, a quien sus virtudes i sus talentos debieron haber guarecido de las preocupaciones que afean su glorioso reinado; siempre es fuerza confesar, que solo a sus esfuerzos pudo la España llevar a cabo su organizacion, hecha ya casi imposible por los desmanes de los ricos hombres.

La conquista de Granada, las hazañas del gran capitán en Nápoles, i, sobre todo, el descubrimiento de América, prueban, cuando otros antecedentes no tuviésemos en vista, la escelsitud del jénio de estos soberanos, a quienes pareció reunir la fortuna como los estremos de una cadena que debía encerrar en su centro los esparcidos elementos de civilización que flotaban a la ventura.—Con las conquistas de Italia, natural era, por no decir necesario, que el ingenio Español adoptase como suyo lo que juzgaba que debía tocarle por su gloria. Así, los vencidos convirtieron en maestros de los vencedores de la misma manera, aunque no en tan dilatada escala, que había sucedido cuando los bárbaros destruyeron el Imperio Romano.

La pobre Italia avasallada debía civilizar a sus conquistadores: era ese su destino; así no es una paradoja de Alfieri aquel grito lastimoso con que pinta la suerte que ha cabido a la nación señora del mundo como en castigo, sin duda, del abuso que llegó a hacer de su grandeza.

*Per servir sempre o vincitrice o vinta* no es un anatema del poeta, no es la maldición que alguno pudiera ver en la boca de un altivo patricio hostigado por la tiranía, ruborizado por la servidumbre de una patria querida, no, no es eso: estas palabras son el quejido doliente del filósofo, del hijo que parece querer consolar a su anciana madre con el mismo rigor de su destino.

Establecida la inquisición por los reyes católicos con el fin de purgar el territorio Español de la zizania que creyeron mirar como en semilla, las costumbres principiaron, como era lógico que sucediese, a revestirse de aquella gravedad hipócrita, de aquel devotismo que tan bien se hermana con la tiranía política de un monarca absoluto.

En efecto, la franqueza española principió a dejenerar en reserva: el arrebató de la pasión en escésiva medida; la cordialidad abierta i tosca, si se quiere, a cubrirse con el manto de la etiqueta: todo en fin, cambió de aspecto, mejorando, es cierto, las costumbres en pulimento i buen gusto; pero dando al carácter un giro que le hizo perder en gran parte ese tinte de originalidad, hijo, sino de la libertad política, al ménos de esa independencia que llegó casi a ser compatible con la servidumbre.

Los Españoles si no habían tenido libertad, en el sentido que entendemos esta palabra, si no disfrutaban de los derechos que solo la sociedad montada sobre las bases de la justicia puede conseguir, no habían tenido tampoco que sufrir ese despotismo que solo se vincula a un trono cuando éste se levanta de entre la turbulencia i la anarquía. La literatura como era preciso debía, pues, amoldarse al modo de

ser político i social de la España, por cuanto no podía constituir ese desequilibrio que hubiera resultado si ella hubiese querido negarse a la influencia que debía experimentar necesariamente. ¿I cómo hubiera podido el literato, el poeta narrarnos o pintarnos los embelesos de la libertad, cuando ésta no existía, los libres arrebatos del amor cuando éste estaba en la sociedad cubierto con una máscara, los transportes del patriotismo cuando no estaba cifrado sino en la majestad del monarca? Las glorias militares de los tercios españoles, las hazañas de sus héroes, el valor de sus huestes, jamás rotas hasta la batalla de Rocroy, era lo único que se prestaba a la inspiración poética; i por esto es que vemos la lira de los vates de la época posterior cuando la lengua estaba ya apurada, resonar con la misma fuerza i majestad que el clarín i la trompa guerrera en un día de combate.

La meditación, hija del estudio i del recojimiento, también era necesario que en una nación tan eminentemente católica como la España tomase la forma de un taciturno devotismo. Las verdades de la religión de suyo imponentes i sublimes: sus misterios tanto más poderosos sobre la fantasía cuanto más abrumaban la comprensibilidad humana debían ser necesariamente para el poeta un foco de inspiración, si las más veces sublime, en más de una ocasión monótona i aterradora.

Lo que sorprende, sin embargo, lo que no puede contestarse es, que el ascetismo, que tan severo se muestra en el individuo que lo profesa, pudiese amalgamarse también con la libertad de expresión i de ideas, cuyo cinismo, a veces repugnante, no puede ménos que chocarnos aun en medio del estragamiento de nuestras costumbres.

¿Cómo pues concebir que el vate que remontaba su fantasía hasta la mansión de la eternidad, que divisaba allí en su místico arrobó al autor del universo ora amenazando airado al pecador no arrepentido, ora brindando amoroso todo el tesoro de bienestar celeste que puede recompensar los sacrificios del justo, pudiese, decimos, descender como sucedió más adelante hasta revolcarse en el fango de la torpeza? ¿Cómo pues de la lira que brotaban sonidos celestes, i puros como el firmamento, podían desprenderse asimismo esos ecos no solo profanos sino impios, en que la castidad del alma se hiere i el pudor del espíritu se lastima i empuerca?

Esta reflexión que puede parecer prematura atendido el carácter que asumió la literatura en tiempo de Isabel i Fernando, no ha podido menos que venirnos a la pluma recordando lo que fué después la poesía en ménos de algunos de los escritores del llamado *siglo de oro*. En tiempo es verdad en que Don Antonio de Nerbija, varón ilustre por sus talentos i su pa-

triotismo, consagraba su tiempo a dar preceptos para fijar la lengua castellana, i en que otros humanistas seguian tambien este noble ejemplo, las reflexiones que hemos hecho parecerán inoportunas; pero creemos que nunca están demas, considerando en que ya principiaba a columbrarse en los escritos de los poetas de ese tiempo ese espíritu a la par que devoto i místico, grosero i licencioso que en tiempo de Felipe IV vino a oscurecer la poesía.

Jorje Manrique, i sobre todo, Juan de la Encina, que fué el que empuñó el cetro poético en el reinado de que hablamos, son, por fin, el retrato de lo que era la poesía, la espresion de los adelantos que habia hecho la lengua, i mas que todo el crepúsculo de ese dia esplendoroso que debia iluminar el brillante imperio de Carlos V.

M. BLANCO CUARTIN.

(Continuará.)

## La peña blanca.

TRADICION.

Todos los monumentos naturales de nuestra riqueza territorial, llevan inscrita alguna tradicion romanezca, algun sueño encantado de la fantasía de nuestros guazos: i la Peña blanca la tiene tambien.—(L. ZULOAGA.—*Cuadros de Cocalan*).

I.

LA HUIDA.

Es una noche apacible  
Aunque sin luz i callada;  
Sopla la brisa impregnada  
En la esencia de la flor:  
Noches de aquellas que avivan  
La esperanza seductora,  
I siente el pecho que adora  
Mas lisonjero su ardor.

Corre el amante que duda  
De la que ama a la ventana,  
I la halla menos tirana  
Que en el dia la encontró;  
La dice cabe a la reja  
Su pasion i su tormento,  
I talvez un juramento  
De correspondencia oyó.

Vuela el que es correspondido  
A la cita presuroso,  
I allí recibe gozoso  
El premio que tanto ansió.  
Los amantes oprimidos  
Quizá toman la partida,  
I cada cual de su vida  
El negro velo arrancó.

Así Clarisa i Emilio  
Dejan el hogar paterno,  
I ven en vez de un infierno  
Un eden en que vivir.  
Desparece de sus ojos  
La esperanza marchitada,  
Ante la cumbre dorada  
De un hermoso porvenir.

De un porvenir delicioso  
Para sus tiernos amores,  
I un campo de ricas flores  
Donde poder descansar.  
Ya no hai temores para ellos,  
Ni zozobras, ni tormentos,  
Van libres como los vientos  
Que los vienen a halagar.

—¿Me amas, Clarisa? decía  
Lleno de ardor el amante:  
¿No bendices este instante  
De arrebatador placer?  
Ah! yo siento acá en mi pecho  
Tanta ventura, Clarisa,  
Que mi alma ni divisa  
Lo mucho que sufrió ayer.

No me importa que mañana  
Tu mismo padre nos halle,  
Pues será fuerza que calle  
Por su propio pundonor.  
¿Nos dará mal que le pese,  
Su bendicion i... ya veo  
Que nos une el himeneo  
Con su lazo encantador!

En esto en el horizonte  
Su luz la mañana tiende,  
I en vivo color se enciende  
La nubecilla fugaz.  
Se vé el bosque, se vé el llano,  
Vése el prado i la colina,  
I el arroyo que declina  
Por ella en dulce compás.

De la avecilla escondida  
Se oye el soñoliento trino,  
I la voz del campesino  
Que deja su pobre hogar.  
Se vé la flor que se entrecabre  
I el picaflor que la besa,  
I amor la finje i terneza  
Sus álas por perfumar.

—¿Por qué tan triste i callada?  
¿Por qué esa melancolía  
Que diviso, bella mia,  
En tu rostro anjelical?  
¿Qué inquietud dentro tu pecho  
Se alberga, adorada estrella,  
Cuando seguimos la huella  
De ventura celestial?

¿Qué pesar dí te acongoja,  
O qué negro sentimiento  
Causa ese mudo tormento  
Que hora se revela en tí?  
Yo no puedo así mirarte  
Idolatrada Clarisa,  
El mal que te martiriza  
Viene a atormentarme así.

—Tú sabes como yo Emilio  
Que mi padre se inmutable,  
I es imposible que afable  
Le hallemos alguna vez.  
Sabes tambien que mi mano  
Ofrecida la tenia,  
A un hombre que llegaría  
Hoi o mañana talvez.

Cuando se note mi fuga  
Me buscarán donde quiera,  
I habitar, pues, no quisiera  
Tan cerca de la ciudad;  
Que si él nos encuentra, Emilio,

En su cólera sedienta,  
Imposible es que consienta  
Darnos la felicidad,

—Si a questo solo te affije,  
Al punto de aquí huirémos,  
I tan léjos nos iremos  
Que nadie podrá saber,  
I así diciendo el amante  
Una sonrisa cruzaron,  
I los brutos azotaron  
Echando a todo correr,

¿A dónde van?—A busearse  
Una mansion escondida,  
Donde resbale su vida  
Sin zozobra ni temor.  
Vayan ellos—i sus pasos  
Guíe un destino clemente,  
Tan halagüeño e inocente,  
Cual de ellos el fino amor.

## II.

## LA PALMERIA.

En medio de un lindo valle  
Do se alza una palmería  
Al morir de un bello día  
Vése a la pareja fiel,  
Al pié de una altiva palma,  
I en la yerba recostado,  
Parece Emilio abrumado  
Por un pensamiento cruel.

Le enreda el blondo cabello  
De la tarde el suave ambiente,  
I vaga turbia en su frente  
Sombra de intenso pesar.  
Está pálido su rostro  
Cual un jazmín marchitado,  
Como un lirio desgajado  
Que al sol se mira espirar.

A su lado está Clarisa  
Contemplándole callada,  
I como flor marchitada  
Pálida también está.  
En sus seductores ojos  
La tristeza se refleja,  
De esperanza que se aleja  
I el último adiós nos da.

Después de un corto silencio  
Alzó Emilio la cabeza,  
I así con dulce ternura  
Empezó a Clarisa a hablar:  
—No pensé que de estos indios  
En los hermosos aduares,  
Hubiesen tantos pesares  
De cruda hiel que apurar.

Pero esa hiel a torrentes  
Hasta con placer bebiera,  
Clarisa, si no te viera  
A tí sin culpa beber.  
No importaba que la vida  
A su influjo yo acabara,  
Con tal que no te mirara  
Igualmente perécer...

—¿Pero no habrá algún arbitrio  
Que facilite la huida?  
—Toda la tribu advertida  
Para aqueste caso está,  
Ese inhumano cacique  
Me asesinen ha mandado;

Si tal no se ha ejecutado  
Ya bien poco faltará.

I tú quedarás entonces  
Revuelta entre sus mujeres,  
I a sus brutales placeres  
Como aquellas servirás;  
I no tendrás un amigo  
¡Pobre tórtola olvidada!  
I al verte así abandonada  
Tal vez me maldecirás!....

—Emilio, de tí destierra  
Tan triste presentimiento,  
Que de un negro pensamiento  
Será acaso una ilusión.  
Yo juzgo que ese cacique  
Es de un corazón sensible,  
I casi creo imposible  
Que medite tal acción.

Desde que aquí hemos llegado,  
Con amistad jenerosa,  
No veo que hecho otra cosa  
Que obsequiarnos sin cesar.  
Eres sin duda hartamente injusto  
I quién sabe... si celoso,  
I esto te hace temeroso  
Del pobre cacique estar.

I así diciendo Clarisa  
Con timidez le besaba,  
I suavemente estrechaba  
Entre sus manos la de él.  
Mas su amante no la atiende  
I en la yerba recostado,  
Parece mas entregado  
A su pensamiento cruel.

En esto las tristes sombras  
De la noche se estendian,  
I en el valle difundian  
Silencio i oscuridad.  
—Vámonos, al fin la dijo  
Emilio, i se alzó del suelo,  
Que ya de la noche el velo  
Entolda la inmensidad.

I hablando así un tierno beso  
Dió en la mejilla a Clarisa,  
A quien, triste, una sonrisa  
Aquel beso la arrancó.  
I los dos se encaminaron  
En silencio hácia su choza....  
¿Quién situación tan penosa  
Para ellos jamas creyó?

## III.

## LA VIOLENCIA.

«Ayer contenta vivía  
I reía  
En los brazos de mi bien,  
I eran para mí las horas  
Seductoras  
Cual las horas de un Eden,

Ningun pesar atormento  
Un momento  
Me venian a amargar;  
I bajo la grata influencia,  
Mi existencia  
Iba de un dulce gozar.

Mas todo huyó i hoy mi vida

Va prendida  
En los brazos del dolor;  
Hoi solo tengo pesares  
A millares  
I un aborrecido amor.

¿Para qué sirven los goces  
Si veloces  
Se van de nuestro vivir?  
¿De qué sirven sus encantos  
Si quebrantos  
Dejan despues i sufrir?»

Así a la falda de un cerro,  
En el valle de las palmas,  
Al ir muriendo una tarde  
La bella Clarisa canta.  
¡Pobre beldad inocente  
De su amante abandonada,  
Que en vano de noche i dia  
Lo busca por la comarca!  
Ella no tiene un apoyo  
Ni un amigo que la valga,  
Cuando el jefe de la tribu  
La ostiga con sus palabras  
Con su insensata pasion  
Que ella arrogante rechaza,  
Pero que débil, apenas  
Se sostiene en su desgracia.  
¿En dónde estará su Emilio  
Por quien suspira i se abrasa?  
¿Quién sabe, en vano lo busca  
De noche i dia i lo llama!

Quedó en silencio la jóven  
Sentada en la verde grama,  
En su mano de jazmin  
Su mústia frente apoyada.  
En esto un tostado indiano  
De fea i traidora facha,  
Hacia la infeliz Clarisa  
Con paso marcado avanza.  
Llegóse a ella i con voz  
Que quiere hacer agraciada,  
Aunque sin usar cumplidos  
De esta manera la habla:  
—Señora, traigo noticias  
De una prenda que os es cara,  
Mas que debeis despreciar  
Desde que tan mal os paga:  
Ese jóven que con vos  
Llegaron a esta comarca,  
Un moceton demi tribu  
Que a verme fué esta mañana,  
Me dijo que hace dos dias  
A que le vió se marchaba.  
Con esto creo estareis  
De él harto desengañada,  
I que al fin correspondencia  
Dareis a quien fino os ama.  
—¡Nunca, cacique, lo juro!  
No importa que abandonada  
Por él sea, de este valle  
Tambien marcharé mañana.  
—Jamás lo consentiré;  
Os lo juro por mi lanza;  
Sin que a mi amor se rinda ántes  
Vuestro desden i arrogancia.  
—Primero, indio temerario,  
Verás mi vida acabada,  
Que corresponder un dia  
A tu pasion insensata.  
Bueno, yo aquí moriré,  
Prisionera en tu comarca,  
Sin que logres que te mire

Sino con desprecio i rábia.  
—Ya estoi cristiana cansado:  
Siempre la violencia alcanza  
Lo que nunca el rendimiento:  
¡Cede, pues!... I se inclinó  
El indio para estrecharla;  
Cuando Clarisa con fuerza  
Se dejó ir despeñada.  
De la colina en la hondura  
Pasó el cuerpo, pero su alma  
Volaría de los ánjeles  
A la divinal estancia.  
Sorprendido quedó el indio  
De una accion tan temeraria;  
I luego de allí alejándose  
Con voz, dijo, entrecortada:  
—¡Maldicion cuando intenté  
En este sitio obligarla!

CONCLUSION.

Brillaba del otro dia  
La primera luz risueña,  
I do Clarisa murió  
Del indio por la violencia,  
Cual la loza de un sepulcro  
Surjió una gigante piedra.  
A su redor un arroyo  
Limpido i suave serpea,  
Cual si el espíritu fuese  
De su amante que la vela;  
Porque su adorado Emilio  
Hacé dias que muriera,  
En un martirio do el indio  
Le pusiera sin clemencia.

Allá al caer de la tarde  
Fué fama despues que llega,  
Una blanca tortolilla  
I canta en voz lastimera;  
I que al morir el crepúsculo  
Sobre el arroyo da vueltas,  
I bebe talvez sus aguas  
I al punto mismo se aleja.  
Esta es la historia, lector,  
De los amantes que huyeran  
Soñando tanta ventura  
Cuanta es posible en la tierra.  
En el valle de las palmas,  
La *peña blanca* conserva  
Esta triste narracion  
Desde aquella antigua época.  
¡Ah, mas vale no soñar  
Sinó lúgubres escenas,  
Si al soñar con los placeres  
Suerte hallamos tan adversal

RAFAEL SANTOS.

Edith.

(Continuacion.)

—Pídemelo todo cuanto quieras, Estévan, escepto dinero i razon. Eso queda para tí, feliz privilegiado, con título de favorito.—No me lo niegues, hipócrita!—Hacer el celoso, el tirano exigente e inquieto! Se ríe, se chanea como yo lo hago, pero no vayas a envidiarme esta ventaja sin consecuencia, porque contigo, i lo sabes mui bien, cuanto mas grande es el juego tanta mas importancia tiene. Olvidas con demasiada facilidad,

Estévan, los servicios que tus amigos han querido prestarte. Cuando se te puso en la cabeza enamorarte de la señorita Lushington, estabas muy ocupado de tu antigua querida, Amanda Lewis, la encantadora primera dama de la ópera Inglesa; yo me he sacrificado por tí: hace mas de un mes que no la abandono, a pesar de los reproches atroces que me dirige cada dia que me ve faltar a mis promesas i llegar a su casa sin llevarte a sus pies; pero todo tiene término, te lo prevengo, i puesto que eres tan caprichoso, tendrás que explicarte tú mismo con ella: os acomodareis como os parezca.

—Cómo! interrumpió Estévan con espanto: Amanda se encuentra aquí?

—¿Dónde tienes pues la cabeza si no la has visto ni oído? élla es quien ha cantado el duo de *Tancredo* con la señorita Grisi, i te aseguro, que nada habia mas deliciosamente gracioso que el divertido contraste que resultaba de los gritos i mil contorsiones de Amanda al lado del canto suave i melodioso de la gran cantatriz. No me admiro ya del furor de tu Ariadna abandonada, si ha podido suponer que rehusabais mirarla, i que te haya notado cerca de la señorita Lushington.

—Espero, mi querido Elliot, vayas a velar sobre Amanda, porque conoces tambien como yo su loca extravagancia.

—Pero, es élla quien me ha enviado a tí: es preciso que vengas al instante a hablarla; si no lo haces, espera un escándalo público, lo que te aseguro me divertiría en extremo.

—Sin duda no hablas seriamente, coronel; debes comprender que aquí es imposible, i en presencia de mi hermana.....

—Yo no respondo de nada, si no tomas, al ménos, el partido de acompañarla a su casa despues del concierto. No he podido contenerla hasta este momento; queria a todo riesgo venir a reunirse contigo en medio de la jente.

—Líbrame de semejante escena, coronel: es un servicio al que te quedaré reconocido toda mi vida. Sabes que quiero romper absolutamente con esa mujer; desde que amo a Edith, mis relaciones con la señorita Lewis me son un intolerable suplicio.

—He aquí un doncel o un paje del tiempo de la reina Isabell! Ignoraba, en verdad, que uno debiera privarse de su querida por que se busca la mano de una rica heredera. Con un poco de misterio i destreza, no se podría muy bien conseguir las dos? Vamos! eres un loco, Estévan! Te lo repito, el pesar i la cólera de Amanda me inquietan, i no veo que debas abandonarla sin mas motivo que porque se te pone en la cabeza agrandar a la señorita Edith. Conozco, créeme, nobles muy

apreciables, que han guardado sabiamente sus queridas hasta la víspera de su matrimonio con ilustres ladis por las que no sentian mas amor que el de que haces tu alarde por la señorita Lushington.

—Oh! basta de chanzas, interrumpió Vivian con disgusto: esos no amarian verdaderamente, i yo no estoy dispuesto de ningun modo a imitarlos.

—¿Vendrás a encontrar a Amanda despues del concierto?

—La verdad, no, no puedo, no debo tomar este partido. Espera, hé ahí al jeneral i su hija que se preparan a salir; es preciso que me reuna a mi hermana.....

Al decir estas palabras, Estévan dejó al coronel i se aproximó a la sociedad del señor Lushington. Las señoras se levantaron miéntras que el jeneral i su amigo hablaban aun. Cuando Vivian estuvo cerca de las dos señoritas, miró a Lord Claver i a Edith con tanta ansiedad, que ésta comprendió su pensamiento i se enterneció: le hizo el mas gracioso saludo sonriendo, i sus ojos se dirijieron como por distraccion hácia el sillón que acababa de abandonar. Estévan volvió la cabeza a este lado i viendo el ramo que Edith habia dejado allí, lo tomó sin que nadie se apercibiese de ello i lo ocultó en el instante en su seno. Lord Claver ofreció el brazo a Edith, el jeneral a Lucy i Estévan los siguió embriagado de felicidad i esperanza. Un espacio de tiempo bien considerable corrió ántes que los dos jóvenes hubiesen tomado sus sombreros, sus pieles i que se hiciese avanzar el coche del jeneral. Vivian quedó solo en fin, en la puerta del hotel Bedford, miró alejarse el carruaje que llevaba todos sus pensamientos de amor; i la multitud que corria, los gritos de los criados, las patadas de los caballos pudieron solo arrancarlo de su distraccion. Se alejó entónces, buscó su librea i se dirigió hácia su coche del que su cochero bajó el estribo. Estévan subia precisado cuando apercibió que una persona ocupaba el asiento del fondo, i tuvo un profundo descontento cuando reconoció a Amanda.

—Subid, subid pues, señor! dijo Amanda a Vivian que permanecía inmóvil a la puerta del estribo. ¿No esperábais sin duda la sorpresa que os preparaba?

—Seguramente no, señorita, i querria conocer al que ha querido secundarla.

—Os es penosa, odiosa quizá?

—Soi demasiado cortes para querer calificarla en este momento.

—Aunque lo fuérais nunca llegaríais a conseguirlo.

—¿A dónde vamos, señor? preguntó el cochero

que se mantenía siempre de pié con la puerta del estribo abierta.

—Al hotel, contestó Vivian, eso no se pregunta.

—Te lo prohibo, Johnson! interrumpió imperiosamente Amanda: conducidnos a mi casa en Portland.

Miéntas tanto los carruajes que salían del hotel Bedford estaban en fila: los cocheros de atrás reclamaban con fuerza, i se admiraban del debate que así detenía el coche del señor Vivian.

—¿Qué hago, señor? preguntó otra vez el cochero.

—Lo que tu quieras, dijo Estévan echándose en el fondo del carruaje.

—Obedeced, Johnson! dijo Amanda.

Desde que los caballos echaron a andar, la señorita Lewis se puso a llorar.

—En verdad, señora, dijo Estévan con un tono descontento, la comedia está mui divertida! Es por Elliot o por mí que habeis preparado esta escena de celos? sin embargo acordaos que no estais en la ópera inglesa.

—Elliot es un fatuo, i tú no vales mas que él, Estévan.

—No has recibido mi carta, i no has sabido por ella mi irrevocable voluntad?

—Tu conducta es odiosa: conozco sin embargo la gran señora por quien me sacrificas!

—Amanda, cálmate, te lo ruego.

—Eres un trapacero, un ingrato!

I la jóven se cubrió el rostro con su pañuelo, miéntas que el carruaje corria con rapidez hácia Portland.

Estévan no pudo dejar a Amanda en la puerta de su casa como lo había pensado. La señorita Lewis, lo amenazó que haría ruido si no subía, i él la veía tan ajitada, que al fin consintió en darle el brazo hasta su salón a donde llegó deshecha en lágrimas. Quedaron solos, i el señor Vivian se sentó con mal humor sobre el canapé; entónces Amanda se deslizó agoviada sobre la blanda alfombra del retrete, i apoyando sus dos codos sobre las rodillas de Estévan que en vano hacía por levantarla, volvió a él sus ojos llenos de lágrimas.

—Deja, déjame aquí bien cerca de tí, le dijo: estoi así bien para decirte todo lo que tengo en mi corazón; porque mira Estévan, es preciso que sepas que experimento, hace mas de un mes, angustias i espantosas torturas. No.... ¿no quieres saberlo? pues bien, me callaré!..., Pero, quédate, quédate.... encerraré mi dolor en el alma! si es necesario no dejaré aparecer en mi cara sino la felicidad que experimento al volverte a ver en este saloncito, triste como una tumba durante tu ausencia, i que encuentro tan elegante i tan rico desde que has vuelto a entrar en él! ¡Oh! no es verdad, Estévan, que me compadecerás? no es verdad que no tendrás valor de abandonarme sin razón, sin motivo? pero qué he hecho para perder tu amor? es el teatro lo que te desagrada? pues bien, apesar de toda mi pasión por este arte lo dejaré si tu lo exiges ¿las visitas continuas de esos lores te importunan? los despediré a todos ¿quieres que no vuelva a ver mas al señor Elliot? Aunque tu mismo has exigido que lo reciba, desde mañana le haré cerrar mi puerta. Vamos! respóndeme Estévan! ¡Dios mio! me parece que tenía aun mil cosas mas que decirte, pero mi pobre cabeza olvida todo con la embriaguez de a-

mor que me causa tu preseucia. Perdona, Estévan: sé jeneroso: vuelve a mí, vuélveme a la vida!....

—No eres razonable, Amanda, contestó friamente el señor Vivian, buscando como escaparse a la acción apasionada de la jóven actriz: creía haberte dicho a este respecto lo que convenia. ¿Quieres que te engañe fingiendo amor cuando ya no te amo?

—Oh! eres inhumano, Estévan! te complaces en jugar con el puñal que tan tranquilamente me clavabas en el corazón, i remueves el hierro en la llaga a fin de agrandarla! Pues bien, sí, prefiero que me engañes, que me hagas creer que aun me amas! consiento en dejarte libre, cerraré los ojos sobre tu conducta, con tal que vengas aquí, con tal que me concedas alguna vez una sonrisa i un beso.....

Estévan compadecía a Amanda en el fondo de su corazón; pero él había resuelto renunciar a ella, i además le había hecho un juramento sagrado a su hermana Lucy, quien no había consentido en favorecerlo cerca de la señorita Lushington sino con la condición que renunciara a esta unión vergonzosa. Se levantó pues apesar de todos los esfuerzos de Amanda que se arrastraba a sus piés.

—¿Dónde vas? le pregunta la señorita Lewis con temor: oh! no te vayas..., sin duda no tienes intención de irte?

—Es tarde, Amanda, i debes comprender que necesito retirarme.

—¡Yo no comprendo mas necesidad que la de amarte, que la desesperación de perderte!

—Mi ausencia sería notada en mi casa: no puedo permanecer mas tiempo aquí.

—Hace seis meses, Estévan, no tenias estos temores. Pero veamos, dame al ménos una razón, cualquiera excusa: confiesa la verdad, di que tu familia quiere tu casamiento con Edith Lushington, con esa señorita tan altiva i tan desdeñosa, coqueta como las mujeres de su rango, i que te engañará, estoi segura, como engañan a todos sus maridos!....

—Esto es demasiado! exclamó Vivian indignado; acabas de pronunciar un nombre demasiado puro, para que yo lo oiga con sangre fría salir de tu boca. Me dejaba enternecer a la expresión de tu dolor, pero ya que acabas de insultar todo lo que hai de mas santo i sagrado, escucha, i por la última vez: no tengo nada que confesarte, ni decirte, sino que te desprecio i te aborrezco!

Estévan la rechazó violentamente i salió precipitado del salón.

Amanda quedó sobre el canapé abrumada, confundida con esta partida. Cuando se levantó, en fin, para llamar a sus criados, su pié tropezó con un objeto caído sobre la alfombra: lo levantó i reconoció el ramo que había visto en la mano de Edith, i que Estévan, por descuido sin duda, había dejado deslizar de su pecho,

—Oh! me vengaré! dijo Amanda con desesperación, entrando en su alcoba triste i solitaria.

Continuará.

## Viaje sin moverse de la cama.

POR DON PACIENTE DE LA VERDAD.

«Viajar es vivir, viajar es hacer que el mundo, a semejanza de los planetas, jire al rededor del viajero o en otros términos, que este ruede al rededor de aquel.» Así se explicaba un autor, acusado por sus contemporáneos de la manía de la locomoción, i así tan estravagantemente quiero explicarme yo tambien, poseido como estoi de la rabia de cambiar de sitio. Esta sed de abandonar el lugar en que he nacido, como decia Quevedo, contra mi gusto, i en que vivo, como digo yo, que en este particular soi una autoridad de nota, contra todo mi gusto i regusto, debe probar a cualquiera, por poco perpicaz que sea, que la suerte que disfruto no es de las mas envidiables ni sabrosas.

I en efecto ¿qué felicidad puede tener un hombre que no tiene hacienda, i que, por consiguiente, no puede ser senador, i que no tiene mina, i que, por otro consiguiente no ménos preciso, tampoco puede ser diputado i pertenecer a la aristocracia, como se dice, de la fortuna? Pero, hombre, se me dirá, si Vd. tiene buenas relaciones, parientes ricos, mujer etc. etc., cosas todas que encadenan al hombre al sitio donde vive, ¿para qué diablo quiere Vd. echarse a rodar tierras sin objeto i a correr el riesgo de que le vaya mal.—Ah! lector, si la felicidad i la desventura tienen un diapason todavia mas largo que un piano de Erard, puedo decirte i jurarte que mi desdicha ha llegado al *do*, de los tenores, o, si quieres, al *fa* profundo de los pianos de ocho octavas.

En este concepto ¿por qué no he de querer salir del sitio de mi martirio i abandonar así el remolino de pesadumbres en que voltijea mi pobre vida ni mas ni ménos que un buque en la tortuosa vorájine del Maelstrom?

Diciendo esto el otro dia a un mi amigo, me contestó riendo: si esas son sus penas, i en eso consiste su felicidad, márchese Vd. que la puerta esta franca i nosotros no cobramos a nadie derecho de salida.—En efecto, el derecho de salir es uno de los mas baratos, i si quiere tomarse a este como don o beneficio, ninguno existe en la creacion, a fé mia, ni mas espedito ni mas estenso.—El hombre sale del vientre de su madre casi siempre con facilidad: de la vida con mas facilidad todavia cuando esta es amable i lisonjera: i para el destierro con una espedicion todavia mas grande cuando uno tiene corazon patriota. Es verdad, sin embargo, que hai salidas en este mundo tan trabajosas, que hacen decir al filósofo que es mas difícil salir que entrar.—Sin meterme a profundizar esta cuestion, no dejo de creer: que salir de la cárcel cuando uno está encajado allí por una docena de acreedores: que abandonar el purgatorio cuando el costal de las culpas ha sido gordo: que salir uno, electo presidente cuando la opinion pública lo rechaza i lo odia: i que salir, en fin, de entre los brazos de una vieja, que nos ama con el ardor que quiere un condenado a las llamas en que se tuesta, son cosas de tan difícil ejecucion, que llegamos a figurarnos que estamos de por vida condenados a sufrir los suplicios de los réprobos del Dante.

Así pues meditando en las palabras de mi amigo, ocurrióseme, como el mejor partido que podia tomar para satisfacer mi ardiente comezon de via-

jar, caer enfermo de una fiebre que me permitiese, a favor de su delirio, el placer de ausentarme siquiera por unos dias del teatro de mis penas.

Las enfermedades, como sabemos, son las únicas compañeras que no se hacen desear: pobreza i males, sin necesidad de llamarlas, están siempre esperándonos detras de la puerta. Esto dicho, no se estrañará que mi intencion de enfermarme fuera tan ampliamente satisfecha, ni tampoco tomará de nuevo que yo, poseido, vuelvo a repetirte, de la rabia de viajar, haya viajado como el mas curioso i acomodado viajero, no solo por mi pais sino por las ciudades principales de América, i sin salir, no digo de mi cuarto, pero ni de mi cama donde estuve sumido por el espacio de ocho largos dias con sus respectivas i mas largas noches.

¡Oh poder de la imaginacion, adonde no nos llevas! ¡A qué espacio limitas tus correrías, ante qué abismo te suspendes, a qué felicidad no alcanzas, a qué bien no aspiras, a qué deleite no te juzgas acreedora! Todas estas esciamaciones, si en realidad las merece esa facultad con que Dios ha querido enriquecer la mente del hombre, creo yo tambien que iguales, cuando no mayores, las merece la fiebre, dolencia no conocida aun por los patólogos bajo el aspecto en que sirviendo de llama al espíritu parece sostenerlo como pendiente en las puertas de un infierno el mas encantador i sublime.

Para que se vea si tengo o no razon de hacer esta apolojía, ni mas ni ménos que la tienen los serviles que elojian el despotismo que los levanta de la humilde prosa o mejor de la basura a la poetica existencia de los empleos, propóngome, lector, contarte el viaje que hice durante esta media quincena de enfermedad, sin mas oceano que mi lecho, ni mas embarcacion que mi delirio, ni mas dinero que mi fiebre, ni mas libro de memorias que mi colcha i mi camisa.

Si has leído la obra de Javier Le Maistre, titulada *viaje al rededor de mi cuarto*, es claro que no te divertirá mi cuento, pues aquel viejo ultramontano ha tenido tanto talento, como su hermano para defender los derechos del papa, para entretenernos con la ingeniosa creacion de sus dos personajes llamados *el alma* i *la bestia*; dualidad agudísima, i que representa magníficamente el combate que la voluntad del hombre tiene que sostener durante la vida con sus dos enemigos el espíritu i la materia. Mi viaje, pues, que voi a relatarte, dividirélo por capítulos, para que así gradúes hasta donde puede llegar la mente humana bajo el soplo del delirio, o mejor hasta que escala pueden subir las facultades del hombre cuando el demonio las atiza con su aliento.

### CAPITULO PRIMERO.

En que se ve como un hombre completamente arruinado puede adquirir sin mucho trabajo una fortuna como la de Monte-Cristo.

Pues, señor, apénas me desnudé el 15 del próximo pasado julio, dia en que, como ya he dicho, hice todo lo posible por enfermarme, principié como es de ene a sentir unos calofrios, que solo pueden compararse a los que experimenta el que va a ser juzgado por un motin. A los pocos momentos, unos estremecimientos convulsivos, terribles, acelerando el latido de mi pulso hasta el grado

que los doctores llaman *inapreciable*, lleváronme, como era natural despues de tales sacudidas, a un estado de modorra, que la ciencia, para distinguir del entorpecimiento absoluto del sensorio que se experimenta en una conjestion cerebral, llama *coma vigil* con la propiedad que la caracteriza en sus apodos.

Al cuarto de hora de este que te he contado temblor tetánico, un calor *urente* apoderóse de mi cerebro: las arterias de las sienas amenazaban romperse; mi alma, en fin, parecia, como el espíritu del jenio de las tinieblas, flotar entre las llamas, dominando gozosa la viveza de sus tormentos i sacando, que es mas, de su mismo suplicio un mundo de inspiracion diabólica i risueña. Mi razon, pues, desde este momento abandonó a mi cuerpo, i mis facultades, llevadas a otro mundo, pudieron correr con mas viveza que lo que corre la ilusion i por entre mas encantos i quimeras que lo que puede la esperanza en los primeros albores de la adolescencia.

El ruido que las mismas palpitations de mi corazon formaban en mis oidos producian en mi cabeza, ya abrumada por la fuerza de la fiebre, la perfecta ilusion de que me hallaba navegando en el Polynesian. Tan perfecto era este engaño, que me creia acostado dulcemente en mi camarote i mecido por una mar, cuyas olas espumosas i revueltas hacian jirar al vapor en constante i precipitado remolino. Sin embargo, no tenia miedo: viajaba como si hubiese nacido marino: el choque de las olas, los ruidos del viento enredando su temblorosa voz entre las jarcias: los relámpagos, cuya luz lanzaba el dios de las tormentas como para recrearse en el terror del marinero: todo ese bello horror, en fin, que pasma i amedrenta, figurábase como un coro dulce i armonioso de vírgenes preciosas que nadando al rededor de mi barca iban cantando la felicidad que esperaba al héroe de esta correria. Por supuesto, el vapor ofreciase a mi vistano como un buque pobre i sucio de transporte sino como un esquife, cuyo timonel era el *Amor*, cuyos remos eran las multiples idealidades del deleite; i cuya proa iba recta i segura a penetrar en una isleta guarnecida de flores inmortales, sembrada de frutos a ninguno parecidos i llena de la melodía de los ánjeles.—El puerto adonde debia llegar era el *de la felicidad*. Con esta perspectiva ¿cómo no creerse dichoso sobre toda dicha? ¿cómo no tenerse por un ser sobrenatural? ¿cómo no juzgarse una especie de creacion aparte, ora dotada del poder de Dios para saborear la felicidad celeste, ora investida de la facultad del demonio para hacer de ella un abismo insondable de delicias?

Vogaba así, lo creereis? sintiendo, por una parte, las sensaciones que produce lo sublime de la naturaleza cuando desencadena sus fuerzas, i por otra, gozándome mecido por el aliento manso i perfumado de aquellos vientos alisios que nos pintan empujando sobre la laguna la barca de Anjélica i Medoro.

Pero al mismo tiempo que marchaba enajenado con tanta ventura, me repetia: voi en el Polynesian, voi a ver a Chillan, que es todo lo mas pobre i prosaico que puede haber: voi a pasar por el Tomé i a hablar con su gobernador, que no tiene nada de Medoro, i a vivir en el hotel Americano que hai allí, que no tiene mas encantos que una

mesa de palo blanco i unas cuantas, camas hechas mas bien para potro de mártirio que para descanso del cuerpo: ¿cómo es esto, me repetia, cuando voi a ver el morro del puerto, i ya se me figura estar corriendo en una diligencia norteamericana por los barrancos, cuestas i laderas de Quinchimali i Huechupin? En medio de este diálogo conmigo mismo, antojábase mil figuras horribles: ora veia a una tropa de montoneros cabalgando en unos potros como el de Masepa i llevando en la mano una espada ensangrentada i en el sombrero como insignia una calavera: ora veia una fila de soldados arreados por un jefe que los amenazaba con las penas mas atroces sino se bataban contra sus hermanos i los degollaban i los esterminaban en nombre del orden i la justicia. Hacia todavia mas horrible este espantoso cuadro el espectáculo de un campo inmenso, árido en que los rayos tibios de un sol siniestro iluminaban en vez de las rubias espigas i de la verdura, solo un monton de huesos, secos calcinados que plantados en la tierra parecian ofrecer por cosecha a los contendientes los frutos de la desolacion i de la muerte.

Por otra parte, abatiéndose como un castillo de baraja, toda esta horrible decoracion desaparece de improviso, i solo queda en pié la perspectiva de una ciudad a ninguna parecida, llena de casas lujosas, de monumentos, de pilas, de faroles, de estatuas; pero en esta ciudad tan hermosa no divisaba pueblo, no veia alegría, algazara, movimiento, sino solo una especie de jente aparte, cubierta con un traje uniforme, i en cuyos rostros estaba pintada la indiferencia i la cerbadía de la manera mas patente. Por supuesto, yo miraba a cada personaje que encontraba i me decia: a este lo conozco: este es aquel que hace seis años era opositor i se decia *amante del progreso, apóstol de la libertad* ¿cómo es que ahora está tan serio, tan grave, tan enguantado i parece gozar de buena renta segun lo soplado de sus mejillas i lo empinado de su porte? ¿Quién es este otro? Ahí a este tambien lo conozco.—Este es aquel que despues de haber sido el enemigo mas acérrimo del gobierno i de haber borroneado resmas de papel con el fin de difamarlo, es ahora una de sus mejores i mas abonadas plumas. ¿Este otro? i ese de mas allá, i este otro de mas acá?—¿Qué cambio? ¿Quién que los vió los conoce? Estoi cierto que ellos mismos cuando se miren al espejo dirán lo que dijo aquel viajero a quien le tiznaron la cara dormido, i que respondió cuando lo fueron a recordar: brutos han ido a recordar al negro! vóime pues otra vez a mi cama.

Así pensando i diciendo, una multitud taciturna i sombría deslizóse delante de mis ojos: el paso que llevaba era mesurado, uniforme, era como aquel que tienen los colejiales cuando salen con su rector al frente.—¿Quiénes son aquellos, preguntaba yo? ¿Qué cuerpo colejiado es aquel que desfila? ¿A dónde va, por qué va tan triste, con la cabeza tan agachada, porque no rie con franqueza i solo muestra miedoso uno que otro diente en medio de una sonrisa servil i repugnante? Sobre todo ¿por qué a todo ese conjunto de hombres le han crecido las orejas hasta el grado de parecer cada una un florero? Calle! me contestaba una voz, esos son los que hacen las leyes, i esas que usted cree orejas, no son sino cachos; pues por el

poder que he recibido de Satanas he convertido a toda esa jente en animales de asta: asi aun cuando los oigas hablar no lo creas, pues será ilusion de tus sentidos, que ellos ya no pueden sino balar.—En efecto, contestéle a esta voz misteriosa que penetraba mis oidos como una aguja, tal era de aguzada i punzante, en efecto, ya se las veo, i hasta esas que yo tomaba por faldas de frac no son sino las colas. Pero tu que has hecho ese prodijio ¿quién eres, pregunté mui asustado? i la voz no me contestó una palabra.

Acto continuo de esto, toda aquella muchedumbre penetró, subiéndose unos sobre otros como los carneros al entrar en el redil, en un gran palacio custodiado por un piquete de soldados armados de punta en blanco como si el enemigo estuviese a la puerta. Que es esto pues? Dónde estoi? En qué ciudad me hallo? Al decir esto, toda esta escena desaparece, i las ninfas que ya te he dicho me contestan amorosas ¿qué tienes, por qué te aflijas? todo eso que dices es ilusion: mira, esos espectros que ves son hijos de tu sueño, estás entre nosotras, que te llevamos a la isla de Chipre, donde desde el momento que llegues comenzarás a gozar de una bienandanza que nadie hasta aquí ha gozado sobre la tierra.

¿Será verdad tanta fortuna tartamudeé? ¿Será cierto que ya no veré mas opresores, que no escucharé ya la voz de la mentira, de la adulacion i la bajeza, i sobre todo, que podré vivir en un pueblo rico, feliz, i amado yo de sus habitantes, estimado por mi talento i disfrutando de las comodidades que la fortuna solo proporciona?

Oyendo esto me gritan las deidades: para que no dudes de nuestra verdad, arrojate al agua: lanzate impetuoso a nuestros brazos i verás como te llevamos hasta la orilla del puerto en alas del amor i embalsamado con el aroma de nuestro aliento. Dicho i hecho: oyendo el último de estos acentos, i como movido de un deseo inesplicable de ventura; tiróme al agua i caigo en medio de aquel nido de ninfas, a cual mas bella i amorosa: oprímenme entre sus brazos, zahumanme mi rostro con el batido de sus alas aterciopeladas, i echándome sobre sus espaldas llévanme dulcemente reclinado por entre un mar tan diáfano i puro que permitia ver hasta la mas pequeña flor que abría su cáliz en el fondo.

Llegados a la orilla, la que hacia cabeza en aquel conjunto divino me dice: toma, dándome una especie de varita, con este regalo que te hacemos tienes cuanto pueda antojársele a tu fantasía: con solo guardarla junto a tu corazon i demandarle lo que quieras, tendrás cumplidos tus antojos: con ella puedes tener mas tesoros que los que pueden correr en todo el mundo: con ella no habrá mujer que se resista a tus deseos; con ella, dignidad que no consigas: tendrás, en fin, juventud, amor, felicidad, cuanto imagines; pero tambien te advierto que si la abandonas, toda esta felicidad celeste cambiará en una desventura para la cual nada bastará a sacarte. Tómala, añadió, i adios.—Diciendo esto, desapareció bajo del agua i solo ví en la superficie unos copos de nieve que, levantándose i desapareciendo graciosos para volver a alzarse otra vez mas bruñidos i resplandecientes parecian decirme: entre tu pasado i el presente hai ya un oceano eterno. Armado de mi varilla ¿qué podia ya temer? el porvenir me abria sus brazos.—Principiemos pues dije, i apenas la hube sacudido

entre mis manos pronunciando las palabras de *juventud i fortuna* halléme de repente trastornado en un jóven cuya belleza eclipsaría hasta la de Antinous i cuyas fuerzas físicas i morales parecían decir al mundo de la intelijencia i de la materia: ya por fin habeis encontrado un amo!—Así trasfigurado por mi hada, i sin saber como, me encontré al momento sentado en el sillón de un ferrocarril en medio de dos bellezas que se disputaban sedientas una sola de mis miradas. Los compañeros de viaje todos se inclinaban a mi voz, i yo oia que se decia, que jóven tan hermoso! este es el jóven mas acaudalado que se conoce! Su talento tambien es sorprendente!—En medio de estos homenajes, el ferrocarril volaba i mis esperanzas i mis deseos i mi ambicion crecian como los copos de nieve que habia visto subir hasta tocar el cielo.—Oh felicidad me dije! ¿Qué bienestar es este que me sobrecoje! ¿Qué benevolencia es esta que se ha apoderado de mí! ¿Porqué los hombres hoi me son tan caros i sus vicios tan disculpables! Oh! la fortuna es la fuente del amor! ¿Como es pues que la perversidad de los hombres que nadan en la opulencia crece a medida que sus riquezas se centuplican?

A poco andar de esta deliciosa correría, llega el ferrocarril o mejor llegué a una ciudad, en la que, a juzgar por la afluencia i el tráfico de la jente i la felicidad que se veia pintada en sus rostros, era la nacion de la dicha. Me desmonto del tren, i en ménos de un segundo ya estaba en medio de una plaza en que se agrupaba la jente formando casi un océano, cuyas olas ya empujadas por la corriente, ya soberbias i altivas producian un rujido, que al paso que amedrentaba el ánimo ensanchábanlo tambien con la idea de lo que es el pueblo, de lo que es su grandeza, i de lo que impone esa fuerza que muchas veces un pigmeo suele hollar a su albedrio.

En este momento echábanse a vuelo las campanas celebrando la masa popular regocijada la eleccion de un mandatario, electo por el pueblo con toda la integridad que puede soñar el mas perfecto republicano. Véase una plaza llena de jente, como he dicho, pero la multitud compuesta toda de hombres bellos, blancos, hermosos de rostro, robustos, relucientes de juventud i lozanía manifestaban tal decoro i compostura, que se conocia que la felicidad que aplaudian no les habia costado sacrificio alguno.—Unos, parábanse mostrando un papel en que se leia el programa de su bienestar i de sus esperanzas; otros lo leian en alta voz, i otros cantaban i palmoteaban i echaban vivas que hacian resonar el aire, haciéndolo vibrar mas armoniosamente que lo que puede concebirse en un delirio melománico. Véase tambien a un hombre hermoso, adornado su pecho solamente con una banda, en que podia leerse en letras de diamante *igualdad, libertad, justicia*, i tambien se observaba, que éste decia, mostrando un cuaderno tiznado de carbon i lleno de manchas de sangre: este libro es la obra de la mentira: mirad, este libro es lo que las naciones llaman *constitucion*: lo que sus tiranos defienden i en el que están consignadas con caractéres inmortales los abusos, los crímenes de que una gran porcion del mundo ha sido víctima.—Mirad, hijos, añadia: este horrible libro ha sido tambien hollado por la locura, i por eso puede tambien

Considerársele como un archivo del martirio.

Al tiempo que miraba este grandioso espectáculo, al mismo momento en que mi corazón se expandía casi hasta romperse, una voz terrible como la del tiempo, sorda como el acento de la eternidad me decía: ¡pobre! todo eso que miras es el panorama de Rousseau, el calidescopio de los demócratas, la cámara oscura de los optimistas, que perseguidos a fuerza de amor por la humanidad, hoy son denigrados con los apodos de socialistas, revolucionarios, etc. Al tiempo que iba a volverme para contestar a este desgarrador apóstrofe, una voz de mujer me pregunta también: ¿qué le ha parecido a Ud. mi país? ¿Está Ud. contento, joven, de nuestra civilización? ¿Envidia Ud. como chileno nuestro progreso? Oyendo esto, un tropel de soldados de aspecto raquítico a un tiempo que feroz, desfila delante de mi vista, i la voz que acaba de hablarme continúa: ¿ha visto Ud. al que marcha en el medio de esa tropa? ¿Se ha fijado Ud. en aquel personaje que va en el centro con aire de víctima, i que lleva un brazo suspendido por un pañuelo? Pues bien, ese es el presidente, el héroe de este pueblo: el hombre de quien no podemos prescindir por hallarnos desgarrados por la ambición de muchos.—Se ha fijado Ud. en él? Es viejo, valiente, cuenta con las glorias del veterano, su nombre es uno de los recuerdos más gloriosos de nuestra emancipación; pero en cambio, la sórdida avaricia que lo devora i la falsía, que es la base de su carácter, ha hecho enmudecer a la historia: su presidencia es una necesidad i sus beneficios no pueden contarse sino en el número de los que enumeran los médicos para probar la bondad del mercurio.

Sin esperar la contestación, el ser misterioso que así se explicaba, continuó con una facundia de que no podría menos que asombrarme—«Mira joven añadió ¿no es lastimoso ver un suelo tan rico, tan puro como este, presa de tanta desventura? ¿No es una iniquidad del destino el tenernos en este vasallaje? Pero para qué invocar a esa divinidad mitológica, cuando la causa de nuestros males está en nuestro carácter? Pero para qué echar la culpa de nuestra desgracia a seres abstractos, cuando nuestros vicios están patentes i reclamando este triste privilegio? Si, no lo dudes, nosotros no hemos sabido sacar partido de nuestra independencia sino para destrozarnos: nosotros no hemos sabido aclimatar en nuestro suelo el árbol de la libertad, pues no hemos hecho otra cosa que regarlo de sangre—Afrentosa confesión! ¿no es cierto? pero en ella no hai sino la verdad, la pura verdad. Para cualquiera que no sea filósofo, o mejor, para los que no ven las cosas sino en su superficie, vivimos felices, somos dichosos por que nadie puede decir que los que nos gobiernan atropellan las leyes; que los que la ejecutan, lejos de ejecutarlas según se los manda su deber i la justicia, no hacen otra cosa que hacer alarde de su ministerio para hacer que se crea el tribunal de la lei como el tribunal del infierno que nos pinta la mitología. Tenemos es verdad pingües rentas; pero la mayor parte de ellas se emplean para pagar los soldados que con bala en boca deben helar la palabra en los labios de los que sufren, i estancar las lágrimas en los ojos de los que lloran. Esas pingües rentas que produce la riqueza de nuestra tierra ¿lo creerías? solo sirven para man-

tener los esbirros que, como eunucos cobardes de un serrallo, no dejan respirar a la encastillada doncella de la libertad.»

«Pero para qué queremos pruebas de nuestra infelicidad? Veis esas cámaras? Pues todos los que las componen, apesar de la fortuna que parece debe hacerlos incorruptibles, a trueque de mendigar el saludo de un ministro son capaces de constituirse en órganos de la tiranía i de la corrupción? Veis el poder ejecutivo? Pues bien: el que lo ocupa, apesar de que dice todos los años que la Divina Providencia derrama sobre este pueblo su mano jenerosa, no tiene un momento de reposo: sus noches son una perpetua vigilia; su ocupación el temor de todos los minutos, de todos los segundos; su ocupación, te digo, la de espiar en el semblante de sus esbirros las emociones del pueblo.»

«Sin embargo de esta afrentosa i execrable servidumbre, veis diarios que atruenan el aire hablando de los beneficios que se deben a este estado: arrebatando al tiempo las mejoras que ha producido para atribuir las a un hombre que lejos de empujar favorablemente los acontecimientos no ha hecho otra cosa que contrariarlos—I sin embargo, éste encuentra apolojistas i defensores i halla lo que es más un ejército que lo sostenga! Debilidad humana! Los pueblos no saben a quien amparan, a quien elijen, a quien levantan estatuas i mausoleos! sino fuera así, Galileo no hubiera sido atormentado, Colon i Cortés aherrojados en un calabozo i Cristo, en fin, que es el emblema de la virtud, no hubiese espirado en la cruz. Sino fuera así, vuelvo a decir, César, Alejandro, Carlos V, Napoleon i toda esa larga lista de tiranos felices, no habrían hallado columnas que trasladasen a la posteridad, aun tiempo que la grandeza bárbara de su jénio la pequeñez i la miseria del artífice.»

«Las columnas de los reyes son el obelisco del martirio de los pueblos.—Pero nada de esto es lo que importa: sal, corre, visita las plazas, los establecimientos públicos, penetra en las sesiones de nuestro Congreso, en los vastos i lujosos salones de la aristocracia, ve después a la boardilla del pobre, contempla su miseria, estudia su situación, i verás si cuanto te he dicho es la verdad, i si para ello me he valido de otro artificio que el que se desprende del encadenamiento necesario de los sucesos.»

Así diciendo la elocuente maga, cuyas palabras acabo de narrarte, desapareció como una sombra, i yo quedé, apesar de mi felicidad pasmada, compadecido, diré mejor, de la suerte del pueblo en que acababa de poner la planta.

Pero qué es todo esto, me dije, al lado de mi egoísmo? ¡Qué disparate fuera aflijirme estando en la situación en que me encuentro. Ruede pues la tiranía a su antojo; que yo libre de toda pena puedo gritar como ya he dicho: *Al fin el mundo ha encontrado un amo!*

Continuará.

### Beneficio de la Sra. Sotomayor.

Para el martes próximo tendremos el beneficio de la señora Sotomayor de Pantoja; i según todos esperamos la función no dejará nada que desear, pues la pieza *los tres mosqueteros* de Dumas, ensayada como ha sido, nos proporcionará una excelente noche.

La laboriosidad i el talento de la beneficiada, cuando otro motivo no tuviésemos para recomendar al público la asistencia a la dicha pieza, son motivos mas que suficientes para que demostremos en lo que estimamos el trabajo i como alentamos a nuestros compatriotas.

Desde los tiempos en que Cáceres creó una compañía improvisada de actores, o mejor, desde que el coronel Latorre sacó del depósito de los prisioneros Españoles a esos tres o cuatro artistas que nos hicieron conocer lo que es teatro, no sabemos que haya habido otra actriz Chilena como la jóven, objeto de estas líneas.

Entre el dilatado espacio que separa aquellas memorias, del presente, no hemos visto, por desgracia, como ya lo hemos dicho, otro talento nacional digno de llamar la atención como lo es la artista que celebramos.

En este concepto, creemos que seria una injusticia no sólo dejar de concurrir a la divertida función que se nos prepara, sino dejar de aplaudir con todo el empeño i entusiasmo de que somos capaces.

Cuando se medita, que la señora Sotomayor no ha tenido mas maestro que su inspiración ni mas estímulo que el de distinguirse en la carrera a que la han llamado indudablemente sus facultades, uno no puede ménos que asombrarse al ver el partido que ha podido sacar de sus estudios.

Piezas hai en que el sentimiento, la ternura, el amor hallan en élla una feliz intérprete: ocasiones, en que uno desearia decir a los que achican nuestras disposiciones para las artes: vean Vdes. esa jóven que puede rivalizar ya con las artistas extranjeras que hemos visto, no ha tenido maestro, no ha tenido apoyo, no ha tenido nadie que la proteja sino su mérito.—Pues bien esa jóven es una hija de Chile.

Despues de esto ¿qué otra cosa podemos decir a la simpática beneficiada? Si algo nos ha quedado adentro, súplalo ella, que debe saber en cuanto apreciamos el mérito i cuanto amamos todo lo que enaltece nuestra nacionalidad.

Al decir esto, seriamos injustos, si no recordásemos que el señor Subicueta, artista tambien Chileno, ha tenido la complacencia de prestarse a hacer mas ameno el beneficio de la señora de Pantoja.

Reciba así este jóven maestro nuestra cordial felicitación, i el público vaya esa noche a manifestar a los dos artistas, nuestros compatriotas, que sabe apreciar i corresponder como debe los deseos de agradarlo.

### Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Una tira de trapo entre los pies.—Cuestion internacional.—El cuento de pasó una cabra.—Vivan los palos.—La procesion de las cruces.—Baile de máscaras.—Caminamos a la federación. Pero la voluntad de Dios es la que ha de valer i no la de los hombres.

Pocas veces, amadísimos lectores, el principio de una conversación suele ser un estornudo o un bostezo; lo que si llega a suceder suele dar motivo para que uno, en despique de la descortesía, siga con otra ruufla parecida o deje al interlocutor con la palabra en los hocicos. Digo esto, porque, habrás de saber que me hallo en el caso de

que un quidam me ha salido en estos dias con una bola de insultos gratuitos, la que ha soltado el dicho, sin temor de que pudiéramos tener el rei en tercio para cortársela.—Pobre hombre! Meterse a ser el héroe por fuerza cuando ni siquiera ha tenido el honor de conocerme! Pero ya se ve! hai hombres para todo, hombres que sirven tambien para alambique de destilación de infamias, hombres que por su misma posición parecen estar a cubierto del castigo que uno daría a sus iguales.

No contento con esto mi difamador, no abasteciéndose todavia con hacer lo que un hombre decente jamas se permite por propio decoro, para completar el sainete échala tambien de valenton i grita: *todo el mundo conoce al corresponsal del comercio, así puede pasar el Redactor del Mosaico a mi casa para que vea todo lo que estoi escribiendo contra él.*—Una provocación como esta, ya lo veis, no puede ménos que causar risa, pues ¿a quién no le retoza la carcajada en los lábios de verse así no mas convidado con tan poca cortesía? Como soi pundonoroso, lo primero que hice cuando leí este cartel de desafío, fué irme a tomar lenguas sobre el dicho corresponsal. Pero que demonio! a cuantas personas les pregunté por el paradero de mi campeón me contestaron ¿quién es ese? no lo conozco, como yo no alterno con jentaza no puedo saber quien es ese que usted me nombra.—Hombre, les decia yo, si es el corresponsal del Comercio, aquel que recibió dos fabulas mui amargas contra unos ciertos sujetos de quienes se da hoi por íntimo amigo, i de quienes hoi acepta unos brulotitos para hermostear su erudita i entretenida crónica. Todo esto i mas que he dicho, ha sido inútil, si, inútil i tanto, que hai persona que cree que el Comercio vive sin correspondencia i por consiguiente sin corresponsal ninguno.

Por supuesto yo les he dicho que no hai tal, pues que no hai *salteo, robo, párbulo, ahogado, acequia sin taco, paco borracho i obituarios* que no se den a luz por la pluma de su corresponsal i de un modo que haria honor a Vidoc el primer esbirro de la policia de Paris.

No teniendo pues motivo para saber quien es mi detractor, i considerándolo solo como una tira de trapo que se hubiese enredado en el taco de mi bota, estiro el pié, saco la tira i sigo mi camino.

¡Qué introito, Dios mio! he guardado para mi revista! Pero qué quereis: los duendes tambien se alborotan i hasta a los espíritus se les suele subir la mostaza a las narices. Dicho esto, arrojada, como he repetido, la tira de trapo del corresponsal, paso a hablaros de otras cosas sino interesantes al ménos necesarias para confeccionar este artículo.

Como ya sabreis, si habeis leído el diario de la capital, la cuestion sobre los *Emigrados Chilenos* que trató el *Mosaico* ha sido tambien ventilada ayer redactorialmente i con todo el peso que da el estudio concienzudo del derecho. Sin embargo, como en el tal artículo se ha tratado de introducir otra cuestion, con el objeto de embrollar la que se trató en este periódico, dirémos sobre el particular alguna cosa.

Despues de estenderse el autor sobre lo escabroso que se hacen las cuestiones mas obvias i la

importancia que se dá a asuntos, puede decirse, de *policia interior* como él llama a los negocios que la ciencia tiene por internacionales, dice «pues bien, de este acto (habla de la internacion) acto de pura policia internacional se ha trabajado en hacer toda una cuestion sin miedo de caer en el ridículo, etc.»

Todo esto está mui bien dicho; pero no bien pensado: probemoslo. ¿Qué acto de *policia internacional* es ese de que se trata? ¿Llámanse así al acto de amenazar con la internacion, es decir, con un verdadero castigo a los emigrados chilenos por el delito de haber escrito contra el gobierno de Chile en un periódico de Mendoza? Mas aun que sea esta amenaza un acto de *policia* o un acto de lo que se quiera ¿tenia, preguntamos, derecho de cometerlo el Ministro de la Confederacion? Si que tenia, se responde, pues los emigrados escribian en un periódico oficial, cuya oficialidad se prueba por el hecho de ser la imprenta de *propiedad fiscal*.—Todo eso está mui bueno; pero qué tiene que hacer, decimos, la calidad de la imprenta con el acto que se castiga?

Si la imprenta es oficial, si el rejente, el redactor, etc., etc., etc., son pagados por el gobierno ¿cómo es que admiten artículos contra la voluntad del que los paga? Pero dando de barato que los empleados de la *imprensa fiscal* de Mendoza abran las columnas del Constitucional contra la voluntad oficial ¿qué culpa tienen en eso los pobres emigrados, i por consiguiente como puede hacérseles responsables de un hecho, cuya culpabilidad solo debe recaer en los que contradicen los intereses del gobierno a quien sirven? En este sentido, la amenaza de *internacion* del señor Alvear no debió estenderse a los emigrados chilenos sino a los empleados, oficiales que tan mal cumplieron con su deber i que son los únicos responsables.

Si esto no fuese cierto, si esto que decimos no estuviese puesto en razon ¿amenazaría, preguntamos, nuestro gobierno con la dicha internacion al emigrado que publicase en la *Imprensa Nacional* un folleto contra las autoridades de su patria? No seguramente, pues si el tal folleto no iba conforme con sus intenciones o sus simpatías, lo único que haria, i que debía hacer, era despedir a los empleados i tomar otros mejores.

El derecho pues del señor Alvear para internar a los chilenos no está basado en justicia por mas que lo diga el *Ferrocarril* i no importa que se bautize el atentado cometido por él como un hecho de *policia internacional*. Sobre la acusacion que han intentado nuestros paisanos nada decimos por ahora, pues será objeto de otro artículo aparte como lo es el hecho presente una cuestion tambien enteramente aparte de la que hemos tratado en el número pasado del *Mosaico*.

Mui fácil es hacer un baturrillo de reflexiones enredando la maraña: facilísimo hablar en nombre de la justicia i mas fácil hacer un revoltijo de dos asuntos que aunque se encadenan deben ventilarse por separado.

Si habeis leído el *Mercurio*, ya veréis que la cuestion papal está todavia en tabla: que la *Revista* vuelve a la carga sobre el Cónsul de Cerdeña i que ésta vuelve sobre el óbolo i que este vuelve al bolsillo de los recolectadores i que éstos vuelven sobre el óbolo, lo que tiene la ventaja de formar ese circulo vicioso, imájen de la eternidad i verdadera

efijie de lo que son las cosas humanas cuando no salen de esa cancha de gallos en que suelen meterse. Además, esta vuelta perpétua al mismo asunto tiene tambien la ventaja de permitirnos apreciar la verdad de aquel cuento tan sabido, i al que no concedemos quizas toda la filosofía que encierra.—El cuento, pues, de aquellas cabras que pasan i pasan sin acabar de pasar, tiene, a nuestro humilde juicio, un sentido inmenso; pues personifican que hai asuntos i hombres i circunstancias que no pueden ménos que llevarse pasando sin haber pasado nunca.

Sin embargo, hai quien dice que la cuestion del óbolo o papal está ya como aquel guiso de papas con arros o arros con papas, que para diferenciar daba cierto mayordomo todos los dias a los alumnos del Instituto. Yo, por mi parte, no digo tal, pues sin esta repetición talvez no tuviera con que llenar una página de esta crónica. Lamentable es, (sin querer voi a meter tambien mi cuchara en el asunto, i a semejanza de aquel beato que, habiendo prohibido bailar la cachucha a sus hijos, se levantó de repente saltando como un loco cuando oyó la primera estrofa,) lamentable es repito, que la diplomacia vaya interviniendo cada dia mas en nuestros asuntos domésticos i convirtiendo por esta razon las cuestiones mas sencillas en asuntos de estado como se dice.—El Cónsul de Cerdeña, a juicio de muchos, ha hecho pues mas de lo que le permitian sus atribuciones, mas de lo que debía, quejándose oficialmente del hecho de recojer una colecta a favor del Santo Padre.—Si por cada uno de estos actos u otros semejantes, los consules i encargados de negocios de todas las potencias amigas tuviesen la idea de quejarse diplomáticamente, hasta el pobre que recolecta centavos para el niño Dios de las Capuchinas daria motivo para un *casus belli*. Además ¿por qué calificar de *oficial* un acontecimiento en todo semejante al que se verifica cuando uno o varios piadosos toman a pechos recojer una suscripcion a favor de una viuda? Se nos dirá que la limosna envuelve una intencion dañada, cual es la que el Santo Padre se defiende; pero, a fe mia, que la intencion no es ni ha sido nunca un motivo que deba asentarse como causa de queja, i ménos como oríjen de una cuestion diplomática.

Si los amigos de la independencia Italiana tienen el derecho de pedir para Garibaldi, i con razon, el pueblo tiene tambien la jenerosidad de ampararlo ¿por qué asimismo no podria un ministro *à latere* de la silla apostólica, si lo tuviésemos, pedir tambien oficialmente la represion de esta demanda?

En todos los paises de Europa ¿no se ha pedido i pide para ayudar ya al papa ya al libertador de la Italia? Pues bien ¿en dónde están los reclamos que se han interpuesto de parte de los diplomáticos ¿Las razones de que aqui escasea la plata, de que seria mejor no dar esas sumas a los estraños, sino invertirlas en los nacionales pobres, i todas las que, como estas, puedan alegarse, podrán ser fuertísimas para el ánimo de aquel a quien se le pide i da o no quiere dar, pero de cierto no serán nunca causas eficientes, para que se califique el hecho de pedir socorros para este u el otro como un antecedente que pueda ocasionar un conflicto internacional.

Al hablar así no abogamos por el óbolo ni para el Papa ni para Garibaldi, nó, mui léjos de eso, pues

quisieramos que no solo no se diese un solo centavo a quien no lo necesita, sino que todas las limosnas se reconcentrasen en los infinitos menesterosos que asedian nuestra capital.

Al paso que la filantropía se estiende, que los sentimientos humanitarios van desarrollándose considerablemente, que la caridad va siendo una planta de nuestro suelo como lo son ya las chirimoyas i las lúcumas, sabrás, lector, que en la Cámara de Senadores ha habido quien pida para reglamentar el cuerpo de jendarmeria, como móvil regulador infalible de las acciones del soldado, *los palos*, la pena *de palos*! Cualquiera al ver esta cuestion, sostenida con tanto calor en una cámara, i en el tiempo en que vivimos, no podrá ménos que confesar que nos hallamos, no importa el estado de civilizacion que hemos alcanzado, todavia mui detras de los pueblos que se dicen cultos.

En Francia donde el carácter vivo del soldado se presta a los delitos que regularmente ocasiona la liviandad de la reflexion, no ha habido ni hai palos para hacer que combatan sus ejércitos con el denuedo de que han dado ya tantas pruebas. En España donde no sabemos si existe todavia ese bárbaro castigo, reliquia de los tiempos horribles de la edad media, ha habido i hai escritores militares que han combatido tal pena como indigna de figurar en el sistema correccional de la milicia. —En Rusia, dice Mr. de Custine, es tal la disciplina militar, que un jefe de un cuerpo para probar el respeto de la ordenanza, que alli convierte en estatua al soldado, entró la espada en el pié de un sarjento en un dia de parada, el cual no dió ni un solo quejido ni hizo un solo jesto.

En esta nacion sí estarán bien los palos: en donde el hombre es una máquina, en donde el que gobierna asume el carácter de emperador i de pontífice: en esta nacion, pues, escándalo hoi de la Europa por su organizacion monstruosa, estará bien, repetimos, esta horrible táctica militar; pero entre nosotros i en cualquiera de los pueblos cristianos no puede ménos que ser una barbarie que rechaza no solo el espíritu de la religion que profesamos sino que condena i abomina la opinion de los hombres que piensan.

El jeneral Gana habló en esta cuestion con un acopio de razones i un aire de conviccion tal, que prueban los jenerosos sentimientos que lo animan. ¡Qué contraste! el militar abogando por la abolicion de la pena que se ofrece como correctivo de la conducta del soldado, i el paisano, que está libre de cualquiera de estos desmanes, abogando a su turno, i queriendo probar por su propia esperiencia, que la buena conducta, el honor militar no vienen sino por el tormento de la vapulacion!

¡Por qué pues no se aplica el *Kout Ruson* o se copia, mejor, uno de los tormentos inventados por el rei Francisco II para castigar el delito del patriotismo? Felizmente el artículo del proyecto sobre organizacion de la jendarmeria pasó sin palos: honor al jeneral Gana i a los que votaron contra ese borron de la lejislacion militar execrado por todos los hombres de reflexion i de entrañas. — ¡Qué filantropía la del Duende, no es verdad! I eso que no es soldado, i eso, que él abogaria, si hubiese un proyecto de correccion para los corresponsales, por la pena de palos i en toda la estension que la dilató el prócer que defendió el proyecto.

Pero no, para los sicarios de pluma, para esos no hai castigo, para esos todo es tortitas i hojuelas, i mucho mas en nuestros tiempos donde los insultos i las desverguenzas constituyen ya un diccionario de cortesía. Al lado de los palos, de las consideraciones que te pueden haber despertado mis reflexiones, permíteme, lector, preguntarte sobre aquello que ves en el medio de nuestra alameda.

I bien! ¿qué te parece la ocurrencia de hacer ese caminito de cruces, semejante a aquellas procesiones de la cruz de mayo de los Pechoños? ¿No es verdad, que los tales faroles han quitado aquel golpe de vista que producía la anchura de esa calle, o bien cuando nadie pasaba por ella, o bien cuando la veíamos llena por esa oleada de ninfas del diez i ocho. — Con el tiempo, ya lo has de ver, a fuerza de estatuas, pilas i faroles, no nos ha de quedar ni hueco en que sentarnos. — A propósito de las estatuas ¿no has reparado que la que se destina a la memoria del abate Molina está en un rincon como diciendo: no me han dejado pasar: a quien estoi tomando el fresco. ¿I por qué será esto? ¿Qué! no merecia el honor de estar en el medio del paseo la efigie del hombre cuyos talentos i virtudes son i seran una gloria para la patria? yo, por mi parte, querria mas bien, te lo aseguro, tropezar, aunque fuera rompiéndome el cogote, con un grande hombre que no con un gran farol municipal a pesar del signo de la redencion con que se adorna.

El sabado, ya lo sabrás, hubo un baile de máscaras en el teatro, i a decirte la verdad el tal baile no me pareció gran cosa. Lo único si que me llamó la atencion fué el letrero que resplandecia en el palco del Presidente de la R. Pero ¿a quién no se la llamaria el ver escrito en letras gordas como un camote: *aqui se alquilan máscaras i trajes de fantasía*? Esto, a mi concepto, es una profanacion del lugar, una desvergüenza digna de castigo. Pues, no que nó: *Aqui se alquilan máscaras!* en un lugar donde solo se ven ministros i personajes que jamas han llevado máscara ni que se prestan a la bufonada i al disfraz! Pero que no se hace en estos tiempos! Esto me trae a la memoria aquel letrero que le puso una vieja a un cuadro en que se veía al diablo trepado sobre el jarcánjel San Gabriel: *este es el enemigo malo*. Lo que dió motivo a que uno le preguntase ¿cuál es el malo señora, el que está arriba o el que está debajo?

Sobre la cuestion de candidatos no te diré nada, sino que, segun las noticias que han llegado a mis oídos, hai uno para cada provincia; lo que tiene la ventaja de probarnos tres cosas: la 1.ª que aqui en cada hombre hai un presidente, lo que es un signo de que todos valemos mucho; la 2.ª de que cada provincia es una potencia i que a nadie la cede en importancia; i la 3.ª que caminamos a la federacion. Que sea pues lo que quiera, con tal que tengamos siquiera uno bueno; que esa es la ventaja que uno saca cuando compra muchos melones. ¡Quién pudiera, sin embargo, calarlos para no llevarse el chasco de verlos *pasmados*? Pero no, Dios ya tendrá dispuesto quien ha de ser el dichoso. — Asi no hai mas que pedirle que nos dé uno bueno i jugoso. — ¿Nos lo dará? Quien sabe! Pero en todo caso que se cumpla la voluntad del Altísimo.

EL DUENDE.